

mero en mérito y en tiempo de todos los hombres blancos que vinieron del otro lado del mar con el signo de la cruz y el estandarte de Castilla a realizar la obra de esfuerzo y de energía más estupenda que conoce la Historia. Es bueno y reconfortante en estos tiempos de amilanada voluntad recordar aquellos en que España incorporó a la civilización la mitad del mundo en que vivimos.

No hace mucho celebramos la efeméride grandiosa, la proeza casi mitológica del doce de octubre y surgió otra vez en nuestra mente el semblante austero de Colón e hizo de nuevo nuestra fantasía el recorrido de las carabelas a través del océano lleno de misterio y nuestro pensamiento volvió a padecer vértigo al recordar la enormidad de aquella empresa que completó la esfera y asombró a las estrellas.

Colón es el predestinado de su obra. Su propio nombre parece como un aviso de lo alto; como una consagración del Eterno. Cristóforo! Portador de Cristo en tierras de América! He ahí condensada noble y armoniosamente su misión sobre la tierra y los mares, con Cristo a costas en mitad del Atlántico, igual que el otro santo de la leyenda en medio de las aguas de Siria. Místico, iluminado de la fé y del amor, la Iglesia le ha hecho ya lugar en el Calendario y los altares, pero la América, protestante o católica, española o sajona, toda ella, desde Behring a Cabo de Hornos, ha de ser por siempre la peana de su gloria. América es su hija, aunque no lleve su nombre por una injusticia inexplicable del destino. El descubridor y gran Almirante de las Indias murió sin saber que tenía tal hija cuya fé de bautizo aparece por primera vez en las cartografías de Américo Vespuccio. Este astuto florentino fué quien realmente la puso en el mapa *and took the credit of it.*

La suerte nunca anduvo en buenos términos de amistad con Colón; la vida le amargó con pobreza, prisión y desengaños y aun después de muerto parece que continuara su persecución cruel. Media América, la de habla española, se empeña en llamar con otro nombre que el suyo el día de la conmemoración de su hazaña prodigiosa. Fiesta de la Raza. Así reza el calendario cívico de los países indo hispánicos. ¿De qué raza se trata? Sólo Dios lo sabe, que esto, como la Doctrina de Monroe, se presta a interpretaciones, si es la casta ibérica o la casta indígena o la mezcla de las dos. De cualquier manera su figura insigne aparece disminuida y como relegada a la condición de comparsa. Verdad es que España colaboró con sus hombres y dinero en la empresa del descubrimiento y luego la hizo fructífera con sus conquistado-

res que, cual halcones escapados de una alcándara feudal, volaron por encima de los Andes a dar guerra al Aguila azteca y al Cóndor incaico, pero la obra personal de fé y entereza del descubridor es demasiado grande para caber dentro de los términos de una celebración común. Los sajones han sido más justos de esta vez. *Columbus Day!*, así es como debe registrarse esta fecha en los anales públicos. Por lo menos, así es como la registro yo en mi corta lista de días feriados. Admirador del nauta insigne, adorador del santo y del héroe, pienso que Colón forma parte de un grupo especial de hombres que ninguna raza ni país pueden reclamar para sí. El está sobre todos, más allá de las denominaciones raciales y geográficas, arriba, en la cima a donde no llegan sino los grandes benefactores del género humano. Dedicuémosle pues el doce. El y sólo él es el santo de ese día. La Raza puede celebrar su fiesta en otra fecha: cuando Firpo le dé el *knock-out* a Dempsey, por ejemplo.

Desde pequeño tuve debilidad por este andariego y visionario Colón. Me encantaba imaginarlo allá en la desolada playa de Porto Santo, soñando con lejanas y maravillosas Cipangos, frente al Mar Tenebroso, y correspondiendo con Toscanelli acerca de la posibilidad de ir a Levante por el Poniente, lo cual parecía entonces a todo el mundo una paradoja o una locura. Luego me figuraba su viaje a Portugal donde, claro está, no podía convencer

a nadie de la practicabilidad de su proyecto, a pesar de que los portugueses estaban entonces padeciendo delirio de navegación. Colón no sedesanimaba por esto; enviaba a su hermano Bartolomé a la Corte de Inglaterra y, —lleno de la amargura del fracaso y del dolor de la pérdida de su mujer—, decía adiós al rey Don Juan y se marchaba a España asido a la esperanza de que los españoles no fueran tan duros de cabeza. Pobre y desalentado, le veía llegar, con su hijo Diego de la mano, a las puertas de la Rábida donde era recibido hospitalariamente por el Prior del Monasterio, confesor de la reina y por lo tanto hombre influyente en los Consejos de la Corona. Colón sin reposarse siquiera de las fatigas del camino le hablaba de sus proyectos y conseguía al fin interesarlo en ellos, o como diríamos ahora, que tomara *some stock* en la empresa de llegar a las Indias por un nuevo rumbo. Siete años pasaban en idas y venidas antes de que los reyes, ocupados entonces, como Alfonso en nuestros días, en combatir al Moro, se resolvieran a oírle. Desfilaba en seguida en mi imaginación el Concilio de Salamanca en el que el genio era burlado por la ciencia oficial y declaradas sus ideas heréticas además de insensatas, lo cual no disuadía a la reina de su generoso intento de financiar la calaverada de las carabelas, aunque tuviera para esto que empeñar las joyas de la Corona a algún judío mala fe, si es que para esta fecha no habían sido todavía expulsados. Después he venido a saber que todo esto



MR. CALVIN COOLIDGE

Visto por PACO RODRÍGUEZ RUÍZ